

MAX E. AGUIRRE G.*

Memento**

Memento

<Resumen>

La mantención de la memoria como recordatorio de las formas de Habitar y las tradiciones de una cultura, se enfrenta a la inmediatez y fugacidad del mundo contemporáneo, que cuestiona la identidad cultural de nuestras sociedades y a la arquitectura como recordatorio de tales tradiciones.

<Abstract>

The persistence of memory as a reminder of the forms of dwelling, and the traditions of a culture, are faced with the immediacy and volatility of the contemporary world, which questions the cultural identity and the architecture of our society as a reminder of those traditions.

<PALABRAS CLAVE>

MEMORIA / CULTURA / TIEMPO / PATRIMONIO /
TRADICIÓN

<KEYWORDS>

MEMORY / CULTURE / WEATHER / HERITAGE /
TRADITION

«La memoria es redundante: repite los signos para que la ciudad empiece a existir».

ÍTALO CALVINO¹

Recordar impugna a la cultura de hoy

Acordarse de qué, por qué, para qué. Las condiciones de la vida actual hacen creer cada día con mayor fuerza que no necesitamos recordar; la tecnología y el negocio son los factores que en su despliegue cultural práctico y dinámico, cuya medida principal viene dada por la eficacia y la productividad, crean el escenario para un cotidiano *carpe diem*. ¿Qué puede aportar la memoria² a los beneficios que sin ella, está a la vista, nos ofrece un mundo

empapado de siempre nuevas sorpresas tecnológicas sustentadas por las actividades económicas?

Es paradójico verificar que a un cada vez mayor y más rápido estado de confortabilidad que otorga la técnica, liberando aparentemente un tiempo proporcional o mayor al que antes se dedicaba a resolver esos mismos intereses de confort, se opone, en relación directa, una cada vez mayor y más rápida escasez de ese mismo tiempo. Lo que influiría en la tendencia a vivir con la intensidad que sea posible, en cualquier caso de un modo muy agitado, el tiempo disponible; vivir sólo en el instante casi, en cuyo espacio la acción realizada acaba siendo sólo, también, una acción casi refleja en la que no cabe recordar nada porque el recuerdo pide un tiempo que suspende

* Arquitecto Universidad de Chile (1978), Doctor Arquitecto Universidad Politécnica de Madrid (2004), dedicado a la docencia y a la investigación desde 1983, especializándose en teoría e historia de la arquitectura moderna.

** *Memento*: del latín acuérdate. Un llamado imperativo a no olvidar. Recuerdo, retención del pasado.

¹ Las ciudades invisibles. Madrid, 1994; p. 34.

² «Yo adopto la definición más general de la memoria —la que encontramos en un pequeño texto de Aristóteles, titulado precisamente De la memoria y de la reminiscencia—, que retoma a su vez las observaciones (en particular, las de Teeteto [De la ciencia] de Platón), que conciernen al *eikôn*, la imagen: 'hacer presente la ausencia', 'hacer presente lo ausente'; al igual que la noción que distingue dos tipos de lo ausente: lo ausente como simplemente algo irreal, que sería, por lo tanto, imaginario, y lo 'ausente-que-ha-sido', 'lo de antes', 'lo anterior', el proteron. Este último es, para Aristóteles, la marca distintiva de la memoria en cuanto ausencia: se trata, entonces, de hacer presente la 'ausencia-que-ha-sido'». Paul Ricoeur. *Arquitectura y narrativa*. Revista *Arquitectonics*. Mind Land & Society 2003; 4:pp. 9-10.

la acción útil (y ¿qué es lo útil?), y hace del espacio donde éste se realiza un lugar de reflexión, sin destino podrá decir quien busca ver constantemente el destino presente en la materialidad de un producto.

En este contexto cultural: ¿es necesaria la memoria? El conocimiento disponible hace posible pensar que la facultad de la memoria pueda extinguirse por falta de uso. Pero no es con respecto a esas posibilidades que nos enfrentamos al día a día; en cambio, se hace un intento espontáneo por comprender el origen y el sentido de las fuerzas culturales que se desenvuelven y nos mueven. Entonces la pregunta es otra: ¿qué condición confiere la memoria a la existencia, que la disolución del tiempo no puede anular sin atropellar lo humano? Enfrentado así el contexto, se hace de la posible desaparición de la memoria una cuestión de lo humano en la que desapareciendo aquélla desaparece éste. Por tanto, no se discute la hipotética posibilidad de la extinción de la memoria, sino que se plantea que si desaparece ella, desaparecerá un fundamento de lo humano.

Reconocimiento a la memoria

Se reconocen con facilidad dos tipos de memoria: una es la memoria operacional que recuerda lo aprendido, la información, las instrucciones; es la memoria con la que podemos actuar e integrarnos a la vida social y pública. Esta memoria nos hace prácticos y funcionales al orden cultural de la época en que se vive. La otra es la memoria cultural, que se construye históricamente recogiendo la experiencia comunitaria en expresiones múltiples y diversas, recordando, por ejemplo, cosmovisiones, valores, significados, costumbres. Ambas son imprescindibles para «estar en el mundo». Cada una ejerce un rol distinto, pero vinculante: la memoria operacional es contingente y la memoria cultural es trascendente.

Podemos imaginar lo desastrosa que se puede volver la vida si nos falta la memoria. Sin memoria estamos perdidos, somos extraños a todo y lo extrañamos todo. Estamos en el mundo sin pertenecer a él. Hay desintegración social, pública, y tal vez, hasta personal. Esta amnesia imaginaria impediría prácticamente el movimiento, porque nada habría en nosotros que nos diera alguna pista hacia donde ir. Sería un estado de enorme vulnerabilidad y riesgo para la sobrevivencia. Si hay quienes por alguna patología pierden la memoria, subsisten porque hay otros que la conservan y se hacen cargo de ellos; de otro modo, en un mundo de hombres sin memoria, la vida sería insostenible.

Hacer arquitectura es recordar

La memoria, en cuanto potencia del alma, se efectúa en nosotros; pero, puesto que ese nosotros está en el cuerpo humano, con él aflora la memoria en el espacio y en el tiempo arquitectónico. Cae en la esfera de la arquitectura. La memoria es considerada aquí un agente de la acción arquitectónica del hombre y, por tanto, de la circunstancia del habitante³.

Del hombre, en cuanto habitante, dimana el campo de la obra de arquitectura, definiendo en la realización de ésta lo que es arquitectura⁴. El despliegue espacial y temporal que el habitante hace con sus acciones, sus tareas y ocupaciones, el movimiento, la secuencia de las acciones, la disponibilidad de mobiliario y hoy, cada vez más, de recursos tecnológicos, expone arquitectónicamente el rol de la memoria. La memoria es la despensa que provee de la provisión-experiencia que establece el precedente conocido de la acción-habitante, esto es, esa acción que invoca la resolución que sólo la obra de arquitectura da. Actuamos diariamente orientados hacia un propósito sólo porque tenemos memoria.

La obra de arquitectura como historia

La historia en la arquitectura construye la identidad del habitante en una época mediante la refinación de la memoria de los hechos del habitar⁵. Las obras, los edificios y los espacios en medio de los cuales nos desenvolvemos y vivimos son puro pasado; memoria material de la vida de quienes las encargaron en su origen⁶, más la de todos

los que las hayan ocupado desde entonces, reflejo estratificado y muchas veces desleído de todas las épocas por las que han cruzado. Por esto resulta curioso, pero cierto, decir que literalmente vivimos en el pasado; aún la obra que fue entregada esta mañana para uso de sus habitantes es fruto de la memoria. En su concepción, no hace más que recordarnos para qué la levantamos; la ocupamos conforme a la memoria de los actos y actividades que realizamos y, en cuanto realidad presente, es obra de un tiempo que a cada momento aumenta su pasado. Mientras más antiguo sea el contexto arquitectónico en que vivimos, más adentro en el tiempo ido habitamos.

Vistas así las cosas, el arquitecto en la obra no hace sino recordar lo que el habitante quiere, lo que es, sus expectativas, sus hábitos, las costumbres; que no son otra cosa que recuerdos instituidos como forma de vida. Y el arquitecto en la obra no hace sino el mejor intento del que es capaz para reestablecer, una vez más, en el modo del espacio y el tiempo, con la forma arquitectónica y ésta con los materiales y técnica disponible, su forma de vida. La obra, bajo esta mirada, nos propone un orden con el que intenta representar la manera de habitar.

Memoria, tradición y patrimonio

La tradición⁷ es una forma de la memoria que ha cuajado en hábitos, usos o costumbres, a escala individual, familiar, comunitaria o social. Es una memoria que se actualiza en la tradición, donde ésta es un modo de transmisión, pero lo importante en una tradición es lo que actualiza, no sus formas. Recuerdo haber leído que «tradición no es

³ Habitante es el hombre, como especie y Humanidad, considerado a la luz de su condición arquitectónica, esto es, que existe y vive habitando.

⁴ «Hay quien sostiene que vivimos en una desequilibrada situación de relatividad que no puede expresarse con una simple fuerza intencional. Esta es la razón, a mi entender, de que muchos de nuestros colegas crean que no estamos psicológicamente formados para transmitir esa cualidad de monumentalidad a nuestros edificios. (...) La monumentalidad en arquitectura puede definirse como una cualidad: una cualidad espiritual, inherente a una construcción, que transmite el sentimiento de su eternidad y que no puede añadirse o cambiarse». Louis Kahn. La monumentalidad. Tomado de New Architecture and City Planning. A Symposium, 1944. En: Kahn Louis I. Escritos, conferencias y entrevistas (por Alessandra Latour). Madrid: El Croquis Editorial, 2003; p. 23.

⁵ En el ámbito más radical de la historia, lo que tendría que acontecer para que la existencia humana fuese auténtica es considerar que: «los mortales habitan en cuanto salvan la Tierra; tomada la palabra salvación en el viejo sentido, que conocía aún Lessing. La salvación no es solamente quitar un peligro; salvar significa propiamente: liberar algo en su propia esencia. Salvar a la Tierra es más que sacarle provecho o, pues, trabajarla excesivamente. El salvar a la Tierra no domina a la Tierra y no hace esclava a la Tierra, de donde sólo hay un paso hasta la explotación sin límites». Martin Heidegger. En: Hombre y mundo. Jorge Acevedo. Santiago: Editorial Universitaria, 1992; pp. 135-136.

⁶ Ricoeur dice: «Uno se encuentra en una historia ya empezada, en un espacio ya ocupado, decidido...». Paul Ricoeur, Josep Muntañola. Diálogo entre Paul Ricoeur y Josep Muntañola. En: Revista Architectonics. Mind Land & Society 2003; 4:p. 49.

⁷ Del latín *tradere*, de donde viene traer; lo que se nos transmite y se «trae» de otro tiempo, por ejemplo, las costumbres y los valores culturales.

usar el mismo sombrero que usó mi abuelo, pero sí usar sombrero como lo usó él». Nada más lejos de la tradición el conservar inamovibles, por ejemplo, las costumbres; en cambio, le es propio transmitir bajo la forma de una costumbre un significado, un valor que la comunidad de la que se trate le comunica en esa costumbre a sus descendientes ese sentido, que en último término suele estar relacionado con el cuidado de los miembros del grupo⁸.

Considerando las ideas hasta aquí expuestas, el patrimonio arquitectónico es un modo especial de la tradición. Un edificio, un espacio público, un paisaje cultural transmiten formas de vivir, el estado de la cultura en la época y otros valores semejantes. El patrimonio en arquitectura es una heredad que vale en lo que comunica y actualiza. Tiene un rol activo para la comunidad, porque ella reconoce en el patrimonio parte de lo que es.

En el campo de la arquitectura el eje central de su realización es el habitante, la persona considerada en su dimensión arquitectónica. Aquí radica el imperativo ético de la arquitectura y su vocación radical. La obra pertenece o no a la arquitectura en relación directa con la importancia que ha tenido la consideración humana en la resolución del

proyecto; cualquier otro aspecto valorado con esta jerarquía en su reemplazo, según sea el caso, podrá hacer de la obra algo representativo del arte, de la construcción, del comercio, de la técnica, de la economía o de la industria, subordinando lo habitante a los criterios de decisión procedentes de tales ámbitos. En cambio, lo habitante pide representar arquitectónicamente con el material y el espacio de su época, desde luego las actividades, pero sin olvidar (memento) la proyección arquitectural de la dignidad⁹ humana.

En la actualidad, la globalización entendida como red interconectada del sistema financiero mundial, efecto difuso de la extensión tecnológica de los medios de comunicación y ampliación de las líneas de transporte, han aumentado el riesgo de pérdida de patrimonio en países de insuficiente o débil institucionalidad patrimonial ¿Qué riesgo se corre? La carga de memoria contenida en el patrimonio realiza la tarea silenciosa de configurar la identidad cultural, consistente en la experiencia vital de pertenecer a un lugar y a un grupo, y de distinguimos de los otros, de aquellos que no son ni del lugar ni del grupo, y que por razones que sería largo aquí detallar, son diferentes. La pérdida del patrimonio debilita el sentido de pertenencia y la

distinción que están en la base de la identidad personal y comunitaria. Ambas cosas exponen la dignidad humana. Eso es lo que está en juego con la memoria que cuida el patrimonio.

La experiencia arquitectónica a la que somos expuestos todos en la cotidianidad de cada día comprende un juego abierto y dinámico que integra lo más profundo de la existencia. En ella la memoria, como para tantas sino quizás para todas nuestras vivencias, tiene un rol protagónico que aflora en la presencia del cuerpo del habitante entreverando tiempo, espacio y luz. Ese cuerpo en cuanto propósito radical de la obra de arquitectura, es viva tradición arquitectónica que en su concepción el arquitecto atrapa. Cuando el hallazgo trasciende los intereses de quienes encomendaron la obra y comunica algo más que sólo un sentir y un pensar, cuando la obra nos identifica y nos representa actualizando en su presencia lo que somos por lo que hemos sido, estamos frente a una obra patrimonial que realiza una especie de ontogenia cultural con su existencia. En esta línea de pensamiento, memoria, cuerpo, arquitectura, tradición y patrimonio, forman un eslabón cultural del que depende el enlace de la vida, y es la realidad a la que está llamado a servir el arquitecto.

⁸ Scarpa citado por Benedetta Rodeghiero afirmó: «Me gustaría que un crítico descubriese en mis trabajos ciertas intenciones que siempre he tenido. Es decir, una enorme voluntad de estar dentro de la tradición, pero sin hacer capiteles o columnas, porque ya no pueden hacerse». Benedetta Rodeghiero. Carlo Scarpa y el relato de Castelvecchio. En: Revista Arquitectonica. Mind Land & Society 2003; 4:p. 71.

⁹ La dignidad humana, alude a la cualidad de digno. Ser digno, tener dignidad, significa poseer lo que se merece; que corresponde a la condición humana. En el contexto de cada cultura, el estado de ella, favorece o no la preservación de la dignidad de las personas. Cada individuo, cada persona, es acreedora de su dignidad. La obra de arquitectura, en su campo, es deudora de esta dignidad.